

Porque como se viesen perseguidos
Del cupido furor de los de España,
Estaban con sus gentes recogidos
En un cierto rincón desta montaña,
Pero no tan secretos y abscondidos
Que no los descubriese buena maña;
Pues muchos días antes la cudicia
Había dado guías y noticia.

Llegado pues el tiempo vespertino
Y el fuego mitigado de la siesta,
Cada cual desta gente se previno
Para romper con los de la floresta;
Pero yo de cansado determino
De no decir agora lo que resta,
Por querer Arobaro y Marubare
Que con segundo canto se declare.

CANTO SEGUNDO.

Donde se trata cómo dieron de noche en los dos hermanos,
y lo que mas sucedió.

Suelen tener mundanas condiciones
De bondad y virtud galana muestra,
Y acaso no seran sus intenciones
De declinar á via mas siniestra;
Pero metidos en las ocasiones,
Cudiciosa maldad les es maestra,
Para meter en su hambriento seno
Aquello que les consta ser ajeno.

Y no puede buir desta sentencia
Don Alonso de Lugo, pues tenía
De liberalidad gran apariencia,
Urbanidad, nobleza, cortesía,
Pero no poco suelto de conciencia,
Segun fueron las muestras aquel día,
Después que ya vinieron á sus manos
Ricas preseas de los dos hermanos.

Y así fué que, metiéndose las riendas
De Flegon y Pirois en las oscuras
Ondas, y se tendiendo las horribles
Tinieblas con sus ciegas ligaduras,
Entran los españoles por las sendas
Angostas de las dichas espesuras,
Cuyo camino nadie, segun era,
Sino sola cudicia lo siguiera:

Trabados de las ropas y vestidos,
Porque con vista no se comprehenden,
Y así los unos de otros van asidos
Tentando los caminos que pretenden;
Y si quedan algunos divertidos
Por silbos se convocan y se entienden,
Dejando los caballos en la playa
Por no tener por do caballo vaya.

Cebados en la vieja golosina
De los pasados robos y despojos,
Sin sentir el garrancho ni el espina
De tunas, de cardones ni de abrojos,
Cuasi toda la noche se camina
Quebrándose las piernas y los ojos,
Hasta tanto que ya llegaron junto
De donde no vivian sin barrunto.

Pues cuando los flamígeros yugales
Iban mostrando sus dorados frenos,
Y con su resplandor rayos febles
Perturbaban coríferos serenos,
Vieron venir algunos naturales
De puestos do velaban los mastas buenos,
Y ya viendo faltar nublados obscuros
Pensaban estar salvos y seguros.

Pero los encubiertos españoles,
Para salir en salvo con su hecho,
Entre verdes maíces y frisoles
Estaban todos puestos en acecho;
Y cuando los purpúreos arreboles
Herian la ladera y el repecho,
Tenian numerados los caneyes
Y las moradas destes dichos reyes.

Estando pues los nuestros abscondidos,
Al punto y hora que salir querian,
Un asno daba grandes rebuznidos
Que los indios allá arriba tenían:
Espantáronse todos los oídos
De aquellos que la voz reconocian;
Y es porque por allí después ni antes
Nunca nacieron bestias semejantes.

Y como se subia por escalas
Para ir á tan ásperos terrenos,
Decian: «Si son asnos tienen alas,
Y es imposible cosa que sea menos;
Y si son indios, son señales malas,
Pues dicen que porque vamos sin frenos.
Nos tienen de hacer tales regalos
Que saquemos á cuestras muchos palos.»

Uno que se decia Mala-testa,
Estranjero y estudiante bueno
Dijo: «Podria yo hacer apuesta
Que debe ser el asno de Sileno,
Cuyos rozidos en aquella fiesta
Levantaron á Lótide del heno;
Y así quiere que acá nos levantemos
Para dar fin á lo que pretendemos.»

«Mas á fe que si desta yo me escapo,
Y salgo sin herida del bullicio,
Que nos tiene que dar un gentil papo,
Pues no puede hacer otro servicio,
Antes que los devotos de Priapo
Lo lleven para dar en sacrificio.»
Fuéronse pues con tácito semblante
Al pueblo que tenían por delante.

Por barrios va digesta y ordenada
Su poblacion, no grande ni pequeña,
Pero fuerte si fuera bien guardada,
Por rodear los altos viva Peña,
Y por la parte baja rodeada
De fondos pasos y de espesa breña:
Entradas cuatro son en cuatro cuestras,
Para se defender no mal dispuestas.

Blasco Martín de noche la había
Esplorado con otros atrevidos,
Y así fueron los desta compañía
Por todas cuatro partes repartidos,
Dan ¡Santiago! con la luz del día
En los vecinos desapercibidos;
Mas todavía con algun reparo
Salió de sus caneyes Arobaro,

Desearo que sepan lo que vale
Golpe librado de su brazo fuerte,
O que ya su desdicha lo regale
Con el postrero trago de la muerte;
Mas al encuentro don Alonso sale
Por le caber aquel lugar en suerte,
En el cual se halló con tal congoja
Que no cumplió mostrar la mano floja.

Porque viendo venir gentes armadas,
El Arobaro luego tocó cuerno,
A cuyo ronco son sobresaltadas
Acuden las que son de su gobierno,
Con tantos dardos, flechas y pedradas,
Como gotas espesas en invierno,
De tal manera, que quien vencer piensa
Tiene por gran victoria su defensa.

Y como por entonces se conviene
El pelear en parte mas exenta,
En ciertas angosturas se detiene
Hasta que se mitigue la tormenta,
Contra la cual, segun terrible viene,
Apenas don Alonso se sustenta;
Y no menos andaba de caída
La otra gente desta dividida.

Pues cuando comenzaban el combate
El San Martín y el capitán Suárez,
El viejo Marubare los rebate
Y hace retirar de sus lugares,
Con determinacion que se remate
La causa de sus lloros y pesares,
Y de una vez perder vital subyeto
O los que lo traian inquieto.

«Mas Juan de San Martín que lo conoce,
Le dice: «Date, date, Marubare,
Pues sé que de cualquier crimen atroce
Aquí no faltará quien te repare;
Y si no, contra puntas tiras coce,
Y mas cuanto tu furia mas durare:
Date de paz, y no salgas armado,
Y alcanzarás perdón de lo pasado.»

El Marubare desto no se cura;
Antes decia, dándoles gran priesa:
«Crúel guerra con vos es mas segura
Que cualquiera pacífica promesa,
Pues toda vuestra paz es maldad pura
Y á todos buenos términos aviesa;
Y cuando de la paz luce centella,
Es para nos robar debajo della.»

«Y pues tenéis memoria del estrago
Que en españoles hice, con despecho
De ver que la amistad, amor, halago,
Fué contra nos el mas sutil asecho,
Acordaos también que yo no pago
Con matar mil al mal que me habeis hecho;
Y así quiero hacer ya confianza
No de palabras, sino de mi lanza.»

Estando pues en peso la porfia,
Enemistad antigua y homecillo,
El don Pedro de Portugal había
Entrado dentro ya por su portillo
Con la compañía que con él venia,
Sin Marubare vello ni sentillo,
Hasta que por el uno y otro lado
Se vido de españoles rodeado.

Aviváanse los golpes al momento;
Enciéndese de nuevo la batalla;
Orejuela mostró su buen aliento,
Sus proezas el alférez Olalla;
El Marubare de su pensamiento
Y determinacion atrás se halla,
Pues cuando su victoria se declara
Adverso hado le volvió la cara.

Como nave veloz y diligente
Que con favorio próspero navega
Para tomar el puerto donde sienta
Tener seguridad después que llega,
Y junto se levanta de repente
Alguna procelifera refriega,
Haciéndola volver desde la puerta
Donde la vida tiene por incierta:

Al dicho Marubare y Arobaro
Con fortuna lo tal les acontece,
Pues cuando les mostraba rostro claro
En ese punto se les oscurece,
Y al suelo que tenían por amparo
La sangre de los suyos humedece;
Y visto no valeses buena maña
Procuran de huir por la montaña.

Dispónense los grandes y menores
A poner en efecto la huida;
Mas usando de bélicos furrores
Impide don Alonso la salida:
Y así prendieron estos dos señores,
Sin querer despojillos de la vida,
Pero toman preseas y tesoro
Con mas quince mil pesos de buen oro.

Y el asno que dijimos recogieron
Que de los indios era maravilla,
Y para lo subir allí dijeron
Que fué con palos hechos angarilla;
Al cual con otras cosas mas ovieron
De naves que venian de Castilla
Y dieron al través en estos puertos,
Donde los navegantes fueron muertos.

Y así salieron en sus escuadrones
Los indios cuando fueron saltados,
Algunos con camisas y jubones
Y muchos con bonetes colorados:
Hallaron hachas, palas, azadones,
De que se aprovechaban los soldados,
Y ropas que los bárbaros deseaban
Y á nuestros españoles aprovechan.

El bélico despojo recogido,
Y presos con el rey muchos vasallos,
Con escuadron muy bien apercebido
De gente que sabia reguardarlos,
Fué por el don Alonso proveido
Bajar luego do estaban los caballos,
Y en hombres del ejército captivo
Mandó también bajar el asno vivo.

Con sus acostumbradas prevenciones
Los indios lo bajaron á lo llano,
Y aprovechó después en ocasiones
Que suelen ocurrir al baquiano;
Y aun fué descubridor destas regiones,
Pues á este nuevo reino vino sano
Y el primero que destes animales
Vieron en esta tierra naturales.

Jumento y adjumento del entrada
Fué para nuestras gentes peregrinas,
Al menos á los de la camarada
Del sarjento mayor dicho Salinas,
Persona por sus obras señalada,
Las cuales fueron de memoria dinas:
Cuyo consorte fué Juan de Montalvo
Hoy en aqueste reino sano y salvo.

Llevaronlo también á la jornada,
Llamada por antiguos del Dorado,
Que hizo Fernán Pérez de Quesada,
De do volvió después desbaratado;
Y el padre fray Vicente Requejada,
En tiempo que fué pasto regalado,
El cuero le quitó de las costillas
Y convirtió las tripas en morcillas.

Llegados pues al mar y á su ribera,
Como ya descansasen y comiesen,
A los indios quitaron la collera
Mandando que á su pueblo se volviesen;
Y siendo los deseos de cualquiera
Quel oro y los despojos se partiesen,
Buscando don Alfonso dilaciones,
A todos les hablo tales razones:

«Ciertos, señores míos, no creyera
De los mortales cosas tan estrañas,
Si por mis propios ojos yo no viera
Vuestras proezas, hechos y hazañas,
Do ninguna nacion prevaleciera
Sino solo valor de las Españas,
Cuyas heroicas obras ya son tales
Que me parecen sobrenaturales.

«La fama por España publicaba
Ser cada natural un mostro fiero,
Y grandes maravillas nos contaba
Quien destas cosas eraregonero,
Y entonces yo confieso que pensaba
Que hacian de pulga caballero;
Pues agora que todo lo tanteo
Lo dicho cifra fué de lo que veo.

«¿Quién pudiera creer tanta miseria
Como padecen hombres en conquistas?
¿Quién osara decir en nuestra Hesperia
Cosas de los humanos nunca vistas?
Al fin, señores, sois rica materia
Para los curiosos coronistas,
Y serán vuestros hechos duraderos,
Con espanto de siglos venideros.

«Lo substancial es esto; y en la paga,
Que los hombres de bien tienen en menos,
También es justa cosa que se haga,
Pues por ella se mueven muchos buenos;
Mas no hallo valor que satisfaga
A hechos tan heroicos y tan llenos,
Y menos el candal desta jornada,
Que es para cada cual menos que nada.

«Mas esa cantidad que recogida
Tenemos, es razon que se reparta,
Y sea por cabezas dividida,
Pues de lo justo nada nos aparta;
La cual reparticion será cumplida
Llegados que seáis á Santa Marta,
Y entre tanto seré yo tesorero
Y fiel guardador deste dinero.

«Véalo mi señor padre primero,
No diga si lo doy que lo destruyo;
Porque después en ley de caballero
Os empeño mis barbas, y concluyo
Con que luego que haga lo que quiero,
Cada uno de vos habrá lo suyo,
Y gozará de aquello que tuviere,
O hará lo que bien le pareciere.»

Vista por caballeros y peones
La práctica, de fraude no distinta,
A muchos contentaron sus razones,
Y algunos también dieron en la punta,
Reconociendo ser sus intenciones
Llevallo todo y aun la parte quinta:
Al fin los pretensores de la presa
Han por bueno callar, aunque les pesa.

Estando pues la gente descansada,
Don Alonso de Lugo determina
De ver el morador de la Ramada
Que con aquellos términos confina,
Pasando por la tierra levantada
De Marona, que al mar está vecina,
Do hallaron ramadas y buhios
De moradores ya todos vacíos.

Cavaron dentro dellos los que fueron
Instituidos para tal cuidado,
Y también algún oro descubrieron
Que los indios dejaron enterrado:
Todo lo cual al don Alonso diéron,
No sin desabrimiento del soldado;
Y como no hallaron bastimento
La hambre los sacó de aquel asiento.

Al río de la Hacha fué la gente,
Y no mucho compás de su ribera
Hallaron una casa prepotente,
Dentro sobre mil indios de madera,
Del altura que tienen comunmente,
Hincados por buen orden en hilera,
Que debían de ser antecesores
De los guañebucanes y señores.

Mas como no hallasen sementera
Ni de dónde tomar mantenimientos,
El portugués don Pedro salió fuera
Con soldados que fueron cuatrocientos,
Que todos ellos van á la lijera
Acia la parte de los lestes vientos,
A buscar grano por alguna via,
Porque toda la gente perecía.

Y al paraje del Cabo de la Vela,
Por do todos andaban mariscando,
Vieron ya cerca cierta carabela
Que por la costa viene navegando:
Hicieronle señales con candela,
Y con un paño blanco van llamando;
Acuden á la seña marineros,
Y surgen en los términos fronteros.

Echaron el batel en breve rato,
Llegaron donde ven el blanco paño,
Pero no sin recelo ni recato,
Presumiendo que puede ser engaño;
Mas los que libres eran de mal trato
Manifestáronles su grave daño,
Diciendo que les vendan alimento
Y pidan el valor á su contento.

Vuelven los marineros á la nave
Y dieron al maestro su mensaje,
Y en el batel echaron cuanto cabe
De lo que llevan por matalotaje,
Que fueron grandes tortas de cazabe
Y sazoadas puestas de carneja:
Volviéronles á dar este consuelo,
Puesto que todavía con recelo.

Porque desde el esquite se les echa
Lo que pudo curar hambrienta llaga,
Y vuelven á remar via derecha,
Sin querer recibir por ello paga:
El don Pedro con esto se pertrecha
Hasta que halle dónde se rehaga,
Y despedidos deste navegante
Procuran de pasar mas adelante.

Atravesaron á las cordilleras,
Por parecellas ser tierras mas gratas,
Y así hallaron ciertas sementeras
De auyamas y de yucas boniatas,
Con mas otras raíces comederas,
Que son pericaguazos y batatas,
De que fueron costales proveídos,
Pero de noche por no ser sentidos.

Y atajando camino por un llano,
Por mas presto volver á la Ramada,
Acertaron de dar en un pantano
O ciénaga prolija y ampliada,
Do con el sol ardiente del verano
La gente se sintió muy fatigada,
Y del número dicho cuasi todos
Andaban como tontos y beodos.

La causa de tener flaca la nuca,
Que no puede hallarse peor tacha,
Fué por haber comido mucha yuca,
Que á los mas confiados emborracha,
Porque con el sabor los embabuca
Y con malos efectos nos empacha:
Desta perniciosísima dolencia
Só yo fiel testigo de experiencia.

Porque viniendo cinco compañeros
Atravesando cumbre de una sierra,
Mendoza, Benavides y Cumeros,
Bien conocidos en aquesta tierra,
Y un Juan Diaz é yo, con piés lijeros,
Por ser aquel compás todo de guerra,
Hicimos noche dentro de unas matas,
Y fué la cena yucas boniatas.

E ya que descansáramos un poco
En las húmidas camas de helecho,
El Juan Diaz andaba como loco;
E yo que le refina su mal hecho,
Con ojos y narices tierra toeo,
Con bascas y congojas en el pecho,
Sin fuerza, sin vigor y sin aliento,
Y cuasi sin ningún entendimiento.

Y así también la gente que camina
Por el dicho lugar de todos lleno,
Con el ardor del sol se desatina
Por el manjar que al fin tiene veneno:
Quedaron pues allí sin medicina
Cuarenta y cinco dellos en el cieno;
Pudieran, según dicen, remediallos,
Mas los sanos no curan de esperallos.

Antes el portugués, con ser modesto,
E un Pablo Fernandez que los guía,
A gran prisa caminan con el resto
A do su general los atendía;
El cual, aunque de todos supo esto,
Ningun justo socorro les envía:
Así que perecieron los cuitados,
O por manos de indios ó ahogados.

Puestos en la Ramada referida,
Sin dar remedios al desmán que digo,
A Santa Marta hacen su partida,
Sin que puedan hacer otro castigo;
Y al volver mucha gente fué herida
En el áspero paso de Rodrigo,
De manera que de soldados buenos
Indios hicieron los doscientos menos.

Y un peon extranjero, que nombrallo
No sabe quien la pluma me gobierna,
A Gomez del Corral mató un caballo
Cortándole gran parte de la pierna,
Y debió de meterse por guisallo
En alguna fondísima caverna,
Porque después que hizo el desconcierto
No pareció jamás vivo ni muerto.

Después que ya tomaron la zavana
De Bonda, do llegaba nuestro bando,
Hizo parar la gente baquiana
Aquel que sobre todos tiene mando,
Dándoles á entender que tiene gana
De que se queden ellos descansando
Y solo quiere ir á dar la nueva
De lo que sucedió y lo que se lleva.

Partióse reguardando su fardaje
Con mozos que le fueron mas acetos;
E yendo prosiguiendo su viaje,
Descubre don Alonso sus concetos,
Segun quieren decir, á cierto paje
De quien él confiaba sus secretos;
Y porque no me tengan por prolijo
Brevemente diré lo que le dijo:

«Quiérote descubrir, mi buen Saucedo,
Negocios que requieren confianza,
Y es que quiero salir de do no puedo
Valerme de caballo ni de lanza,
Y donde vale mas un flaco dedo
Que brazo de vigor y de pujanza;
Y mi partida tiene de ser cierto
En las naos que esperan en el puerto.

«Es menester que sigas mi consejo
Con pronta voluntad fiel y leda,
Porque quiero, pues hay buen aparejo,
Acogerme con toda la moneda:
Que la necesidad de nuestro viejo
Otro la suplirá, y acá se queda,
Do cada día pueden hacer presa,
Pues que la tierra pone larga mesa.

«Su parte tienen harto merecida
Todos estos valientes compañeros;
Pero, ¿quid inter tantos, por tu vida,
Siendo breve la copia de dineros?
Es algo para mí, mas repartida
Por tantas vias y desaguaderos,
Los tesoros no bastarán de Juno
Ut modicum accipiat cada uno.

«Demás de que yo tengo mis porciones,
Y á todos he de ir anticipado,
Cuanto mas que hurtando de ladrones
No me parece ser grave pecado,
Ya que no consigamos los perdones
Dichos en el refrán acostumbrado;
Pero tengamos oro por agora,
Porque con él después todo se dora.

«Por tanto, fidelísimo criado,
La noche que ternás aviso mio,
Embarcarás el oro y el recado
Que yo te diere y en aquel navío
Que por mi boca fuere señalado,
Con el recato que de ti confío,
Que si conmigo vas en salvamento,
El galardón habrás á tu contento.»

El paje le responde: «Yo bien quiero
Cumplir en todo vuestro mandamiento;
Pero vuestra merced vea primero
Si podemos salir con el intento,
O si debe tan noble caballero
Honrarse con el tal atrevimiento,
Pues ya sabéis que en las personas altas
Son siempre mas notadas estas faltas.»

«No caben en mí viles intenciones
(Le responde), pues esto yo lo gano,
Y en todos los armados escuadrones
La mas acelerada fué mi mano.»
Llegaron pues al fin destas razones
Al puerto, que tenían ya cercano,
Donde por todos los de aquel asiento
Se le hizo muy gran recibimiento.

Besó las manos al adelantado,
Del cual fué gratamente recibido:
Dióle cuenta de todo lo pasado,
Mas ninguna del oro recogido,
Aunque no pudo ser tan ocultado,
Que callase del todo quien lo vido:
Y el buen viejo también lo pretendía
Para pagar los fletes que debía.

Viendo ser el dinero descubierta,
Y aquella voluntad reconocida,
El don Alonso hizo su concierto,
Efectuando luego su partida
En un navío que salió del puerto
Pocos dias después de su venida,
En el sereno de la noche blanda,
Diciendo que su padre se lo manda.

«Mas su voluntad era discrepante,
Y en hecho de verdad no lo sabia.
Hizo pues dar las velas al instante
Por la derrota que le convenia;
Y fué tan venturoso navegante,
Que con buen tiempo fué donde quería,
Estendiendo por corte mas las alas
No sin ostentacion de ricas galas.

Después de don Alonso ser partido,
Diego Lopez de Haro, muy quejoso
Por no cumplir con él lo prometido
Acerca del oficio mas honroso,
Embarcóse tras él harto corrido,
Y el sobrino Martin de Castañoso,
Y Alonso de Guzmán y otros, los cuales
Todos eran personas principales.

Que don Alonso tuvo de franqueza
Lo que suele tener uso profano,
Y de valor, primor y gentileza
Y aviso, lo que puede cortesano,
Al cual cierto pintó naturaleza
Con curiosa y acertada mano;
Pero, según se vió por experiencia,
No muy escrupuloso de conciencia.

Viendo su padre pues cómo lo deja
De mil necesidades rodeado,
Del paternal amor también se aleja,
Y enviando poderes y recado,
Ante el emperador formó su queja
Pidiéndole que fuese castigado;
Y el licenciado dicho Villalobos
Como fiscal pidió los tales robos.

«Estuvo, según dicen, en España
Preso des que tuvieron el aviso,
Mas él lo tortuoso que le daña
Enderezó muy bien y hizo liso;
Y en efecto se dió tan buena maña,
Que se salió con todo cuanto quiso,
Y así gozó después con cortesanos
Del industria y trabajo de sus manos.

«Acá volvió después pasados años
Para poder mas ampliar su renta:
Visitó deste reino los rebaños,
Do su vida no fué menos exenta,
Pues muchos se quejaron de los daños
Que hizo, de los cuales daré cuenta
Cuando lo deste reino se prosiga:
Que agora Santa Marta me fatiga.»

Donde quedó su padre detenido
Con falta de salud y adestado;
Y así por capitanes fué pedido
Otro descubrimiento deseado,
Y es este nuevo reino do residido,
De quien haré particular tractado,
Porque su nobilísima caterva
Para la cuarta parte se reserva.

Mas visto por el don Pedro Fernandez
Lo que se le pidió con gran instancia,
Prometiéndole de darme nuevos Andes
O cosa de no menos importancia,
Hizo junta de chicos y de grandes
Para los animar á la ganancia;
Y venidos en un ayuntamiento
Hizoles el siguiente parlamento:

«Caballeros, estas tribulaciones
Que todos padecemos de presente,
No piden gran estruendo de razones,
Pues cada cual de vos en sí las siente;
Pero declararé mis intenciones,
Que van encaminadas solamente
A procuralles dar aquella cura
Que nos encaminare la ventura.

«Habeisme hecho muchos pedimientos,
Con la razon que en ellos se contiene,
Cerca de proseguir descubrimientos
Y la buena noticia que se tiene;
E yo digo ser esos mis intentos
Y lo que mas á todos nos conviene,
Pues mas somos venidos á este puerto
A lo por descubrir que descubierta.»

» Porque toda la tierra conocida,
A causa de los grandes desafueros,
Asolada la veis y destruída
Por la loca maldad de los primeros,
Y nada della hinche la medida
De tantos y tan nobles caballeros;
Y así por ser lo visto poco cebo
Cumple que descubramos reino nuevo.

» Mas quiérole decir á los que fueren,
Pues ni fuerzas ni ruegos los compelen,
Que como valerosos perseveren
Y no se vuelvan luego como suelen,
Y en la necesidad no desesperen,
Antes unos á otros se consuelen,
Pues como desta suerte se provea
Algo se hallará que bueno sea.

» Donde fortuna mas os embaraza
Mostrareis menos tímido semblante,
Y si para volveros diere traza,
Entonces colareis mas adelante;
Pues al fin la porfia mata caza,
Y nada hizo bien el inconstante:
No sean parte miedos en efeto
Para dejar de ver este secreto.

» Pocas veces dejó de ser propicia
Cuerda solicitud á diligentes;
Y así sino la horra la malicia
De los angostos pechos y dolientes,
No puede despintarse la noticia
Que tenemos por partes diferentes,
Porque las mas distintas poblaciones
Conforman en el dar las relaciones.

» Si tomáis el negocio mas de veras
Que Lerma lo tomó tiempo pasado,
Sereis los que hollais estas riberas
Inventores de nuevo principado,
Cuyas provincias hallareis enteras,
Y será cada cual aprovechado,
Trocando los trabajos en contentos
Con señores de repartimientos.

» Y no pueden estar largo desvío
De la prolija cumbre de la sierra;
Y así para llevar mejor avío
De cosas necesarias á la guerra,
Irán los bergantines por el río,
Con quien se comuniquen los de tierra,
Porque sean en tiempos afligidos
Los unos de los otros socorridos.

» Ya tiene mi poder y está nombrado
Para ser general en la jornada
El docto y animoso licenciado
Don Gonzalo Jimenez de Quesada,
Varon de quien yo vivo confiado
Que para bien regir le falta nada,
Y Gonzalo Juárez, de quien sienten
Tener para gobierno gran talento.

» Van Juan del Junco, San Martín, Cardoso,
El capitán Lebrija, Tesorero,
Y Juan de Céspedes, varon famoso,
Con Valenzuela, noble caballero,
Lázaro Fonte, diestro y animoso,
Baltasar Maldonado, gran guerrero,
Escuadras y adalides de momento,
De quien todos teneis conocimiento.

» De la gente que por agua camina,
En seis barcos que en una carabela,
Irá por general Diego de Urbina,
Cuya prudencia todo lo nivela;
Va Manjarés, persona fidedina,
Ya por allí cursada su rodela;
Va Juan de Albarracín, va Juan Chamorro,
Ausimismo Gonzalo García Zorro.

» Van otros muchos diestros en asechos,
Vivos en ojos, prontos en oídos;
Van baquianos á las armas hechos,
En aquestos trabajos muy curtidos:
De hélicos arreos y pertrechos
Todos medianamente proveídos,
Y si destos algunos están faltos
Los ánimos los suplen, que son altos.

» Veo con buenos bríos al mas cano,
Tímida cobardía despedida;
El apacible tiempo del verano
A los efectos desto nos convida:
Solo resta que los que tienen mano
Quieran poner en orden la partida;
Y así concluyo con que lo propuesto
Con tiempo tenga cumplimiento presto.»

Vista su voluntad determinada,
Todos los principales de aquel puerto,
Con adherentes para la jornada,
Pusieron sus personas en concierto;
Mas agora que yo de la pasada
Me siento de cansado como muerto,
Reposo quiero dar á mi fatiga
Antes que lo que resta se prosiga.

CANTO TERCERO.

Donde se trata cómo salió la gente del puerto de Santa Marta, así por mar como por tierra, para descubrir tierras nuevas, y de lo que les sucedió en el río Grande á la entrada del, y en la prosecucion del viaje.

Contaba ya la religion cristiana
Treinta y seis años sobre quince cientos,
Del parto de la Virgen soberana
En estrechos y pobres aposentos,
Quando salió la gente castellana
Para continuar descubrimientos,
Y el sol por el eclíptico camino
Quería visitar décimo sino.

Mil para tomar armas hay por cuenta,
Y destos los quinientos aviados
Por tierra, de caballo son los treinta
Y otros treinta rocinos van cargados;
Van por mar cuatrocientos y sesenta
Entrellos marineros y soldados;
Los de tierra por ahorrar carguios
Dejan de su caudal en los navios.

Porque tienen de ir por gente blanca
Jornada larga, de trabajos llena,
Antes de se juntar en la barranca
Del río grande de la Magdalena;
Donde si de salud hay gente manca,
La metan donde guindan el entena,
Y hallen sus alhajas y fardaje
Para prosecucion de su viaje.

Pero los mas que van por las florestas,
Eso me da cursado que novicio,
Ropa y comida va sobre sus cuestras
Con armas para hélico bullicio;
Y entre tantas compañías como estas
Solos tres indias iban de servicio,
Que tenían particulares dueños
De aquellos capitanes mas isleños.

Dirigen pues sus pasos á Chimila
Y á las provincias que le son fronteras,
Mas llevando vacia la mochila
Del grano que produce sementeras,
Hambre y enfermedad los anihila:
Incultas hallan todas sus riberas,
Por estar ya los pueblos conocidos
En partes diferentes retraidos.

Los suspiros del pecho van á pares
Del triste que se ve debilitado;
Lo cual visto por Gonzalo Suárez
Y el capitán Lebrija Maldonado,
Procuraron buscar nuevos lugares
Con aquellos de quien tienen emidado:
Y así fueron por partes diferentes
En busca de comidas y de gentes.

El Gonzalo Suárez por buen arte,
Con soga de hamacas retorcida,
Pasó con su bandera y estandarte
Agua de Ariguani poco erecida,
Y en los confines del, en otra parte,
Recogió buena copia de comida,
Cautivando también por sus florestas,
Indios que la trajeron á sus cuestras.

Luego como llegaron al asiento,
Se mandó repartir por don Gonzalo,
Y el regocijo y el contentamiento
Mayor debió de ser que yo señalo;
Pues el que perecía de hambriento,
Juzgábase por celestial regalo:
Y así fueron con esto reparados
Y con alguna caza de venados.

Estando pues con este regocijo,
Una india, tendidos los cabellos,
Que debió de huir en el cortijo
Quando los enlazaron por los cuellos,
Con amor entrañable de su hijo
Se llegó sin temor á todos ellos;
Y admirados de ver cosa tan nueva,
Deseaban saber qué causa lleva.

La cual, como con otros lo vió vivo,
En brazos lo tomó con ansia viva,
Y con aquel ardor caritativo
Que de todo temor á muchos priva,
Dijo: «Pues eres, hijo, tú captivo,
No quiero yo huir de ser captiva,
Ni dejaré de ir donde tú fueres,
Y allí moriré yo donde murieres.»

Habiendo sus palabras reducido
A castellanas voces los ladinos,
Tan gran compasion dieron al oído
De nuestros fatigados peregrinos,
Que no solo le dieron su querido,
Pero todos sus deudos y vecinos,
Un viejo reservando que podía
Ser para su camino buena guía.

Ven de Tamalameque los confines,
Donde su morador de paz espera,
Menoscabados hombres y rocines;
Vieron del río Grande la ribera,
Y preguntando por los bergantines,
Ningun indio les dió razon entera:
De pálido color cubren el gesto,
Y agora yo diré la causa desto.

Salió Diego de Urbina de aquel puerto,
Yendo con el don Diego de Cardona,
Puestos los bergantines en concierto,
Elena de viento prospero la lona,
Piloto maestro Juan, varon esperto,
Y el mozo Manjarés, cuya persona
En aquellos caminos era diestra,
Y habia dado valerosa muestra.

Llegaron cuando ya la luz es poca
Y hacia la noche su llegada,
Y así surgieron antes de la boca
Del río por do hacen la entrada,
Por mandado de aquel á quien le toca
Regir y concertar los del armada,
Esperando que venga nueva lumbre,
Con la guarda que tienen de costumbre.

Celebrábase pues siguiente dia
Aquella Concepcion inmaculada
De la generosísima Maria,
Virgen, Señora nuestra y abogada,
Y por la gente toda se pedía
Ser en aquel lugar solemnizada:
Quisierá la gente peregrina,
Pero no consintió Diego de Urbina.

Y así trocados los nocturnos fines
En aquel resplandor que nos consuela,
Hizo tocar trompetas y clarines,
Mandando que se hagan á la vela
Aquellos dichos siete bergantines,
El uno dellos buena carabela,
Puesto caso que de contrario voto
Fue siempre maestro Juan diestro piloto.

Diciéndole: « Señor, inconveniente
Grande me representan las salidas;
El río Grande viene de creciente,
Dejemos alfojar las avenidas,
Pues con el impetu de su corriente
Las olas andan altas y subidas;
Inminente peligro nos despierta,
Por llevar los seis barcos sin cubiertas.»

» Ya veis, señor, la mar cuál anda fuera,
Y que los barcos no van muy lijeros;
El río trae copia de madera,
Con sus raíces árboles enteros;
Recélese la gente marinera,
Tienen temor aquestos caballeros;
Y para no venir á los extremos,
» Conviene que primero lo miremos.»

Respóndele: «Pues sois buen navegante,
No receleis aqueste pilotaje,
Que yo no veo cosa que me espante
Para dejar de ir nuestro viaje;
Esperan los soldados adelante,
Cuya ropa llevamos y fardaje;
Dénse, déense las velas á los notos,
Y vayan con aviso los pilotos.»

Luego de su partido descontentos,
Las cañas se pusieron en timones,
Con fuerzas flojas y con brazos lentos
Las áncoras se leván y resones;
Desliérense las velas á los vientos
Con graves y pesadas turbaciones,
Tanto que flojedad y pesadumbre
Daban de su desdicha certidumbre.

Tomada pues del río la garganta,
E yendo ya por él poco desvío,
Olaje tan soberbio se levanta
De las aguas del mar y grande río,
Que quien menos temia mas se espanta,
Y menos muestras daba de su brío,
Viendo que no podia navegante
Volver atrás ni ir mas adelante.

Uno vereis lloroso y otro triste,
Dan grita los mancebos y los canos,
Agua por todas partes los embiste;
No les presta timon ni valen manos:
Ya su salud en solo Dios consiste,
Que no la pueden dar hombres humanos;
Y lo mas sustancial de su esperanza
Era tener ninguna confianza.

Estando pues con este desatino
Causado del rigor de la procela,
Un grande y orgulloso remolino
Sorbíó la sobredicha carabela
Y un bergantin que junto della vino,
Y amortajó los hombres con la vela:
Diez andan por las ondas de Neptuno,
De los cuales fue Manjarés el uno.

Es nada lo que nada, pero viendo
Acrecentar las olas sus enojos,
Quando los barcos iban consumiendo,
En un grueso tablon puso los ojos,
Y en él después se estuvo sosteniendo,
Recogiendo también otros despojos,
De cosas de madera que allí hubo,
Encima de las cuales se sostuvo.

Anda sobre el olaje fluctuando,
El cual la flaca balsa desparpaja,
Está por ir á tierra forejeando,
Mas no puede, por mucho que trabaja;
Y cuanto mas andaba naufragando,
Mas andaba tras él una baraja
De naipes, que después él me decia
Que nunca lo dejó todo aquel dia.

Dicele pues, á vueltas de otras quejas,
«Vete, demonio, ya no me fatigues,
Que si por tierra voy nunca me dejas,
Y agora por el agua me persigues;
A mis grandes pecados son anejas
Las cartas de maldad con que me sigues,
Porque con ellas fueste tal tercero,
» Quel tiempo se perdió con el dinero.»

Mas con la devocion que convenia,
No deja de llamar auxilio santo;
Y así, cuando la noche ya queria
Cubrir todas las cosas con su manto,
Pudo llegar adonde pretendia,
Poco menos que muerto del quebranto;
Y con las mismas ansias y temores
Salieron otros siete nadadores.